



“La crisis”

p. 21-36

Los orígenes del partido único en México

Alejandra Lajous

2da. edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1981

270 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 11)

ISBN 968-58-2608-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/170a/partido-unico.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO SEGUNDO

LA CRISIS

La vulnerabilidad del sistema personalista

El asesinato de un presidente electo provoca, en toda sociedad, una crisis política que puede llegar a serlo también económica y social. El magnicidio, en sí mismo catastrófico, fue particularmente grave en el caso de Álvaro Obregón, puesto que la víctima, además de ser presidente electo de México, era el único elemento de cohesión de una sociedad política caracterizada tanto por la fragmentación del poder en manos de individuos autónomos y dominantes regionalmente, como por la carencia total de instituciones políticas o de tradición democrática.

La gravedad de la crisis política vivida en la segunda mitad de 1928 comprometía la estabilidad no sólo del gobierno del general Plutarco Elías Calles, sino de todo el sistema político. El caudillismo, basado en el carisma personal de un solo hombre, se había agotado como sistema. La lucha armada de 1910-1917, generadora de hombres de esa naturaleza, había mostrado su capacidad no sólo de crearlos, sino también de destruirlos. Once años después de firmada la constitución, el asesinato de Álvaro Obregón cerró la lista de las muertes violentas con las que fueron segadas las vidas de los más destacados revolucionarios, dejando a los gobiernos posteriores la necesidad de legitimar la elección de los futuros presidentes de la República en algo diferentes a su participación exitosa en la guerra civil.

El asesinato de Álvaro Obregón era hasta cierto punto esperado, y sin embargo, provocó un ambiente de desconcierto y de tensión en los diversos grupos políticos. Los moronistas, que habían vaticinado y aun propiciado el ambiente para que ocurriese dicho asesinato, se vieron de pronto envueltos en una situación en la que, sin ser los responsables directos del crimen, eran culpados por la opinión pública y por los obregonistas. Este grupo político fatalmente debilitado por la reelección de Obregón no pudo resistir las presiones de que fue objeto. Una cosa era desear el fin del *Manco de Celaya* y otra bien diferente afrontar las consecuencias de su muerte.

Por su parte, los obregonistas, poderosos y unidos hasta la desaparición de su líder, perdieron en ese mismo instante la seguridad de su pujanza y se hundieron en la confusión; no podían subsistir como un reflejo de lo inexistente: sin Obregón no podía haber obregonismo. La lealtad basada en el carisma personal es tan efímera como la vida misma y, por ello, la muerte del caudillismo provocó el caos emocional en quienes habían sido sus secuaces, al quedar repentinamente en una situación que les era desconocida; esto es, en la posibilidad de actuar independientemente.

En cuanto a Calles, en primera instancia tuvo que limpiar su nombre de sospechas para poder terminar su periodo presidencial y, con ello, obtener el tiempo necesario para encontrar e instrumentar una solución que evitase la violencia.

La bala que mató a Obregón fue disparada por un fanático religioso, José de León Toral, quien consideraba que la segunda presidencia de su víctima imposibilitaría la solución del conflicto religioso. Era Toral un hombre poco informado de los conflictos internos de la política del momento, e ignoraba que Obregón mantenía sobre ese punto una actitud conciliatoria.

El daño estaba hecho, Obregón estaba muerto, la crisis era irremediable. ¿Por qué crisis? Porque el grupo político más poderoso del país perdía aquello en torno a lo cual giraba: el carisma de su “caudillo”. La fuerza política fragmentada sólo podía actuar ahora en forma desunida y anárquica, rompiendo con todo viso de estabilidad política, económica y social.

Los obregonistas, antes de permitirse rencillas internas, tomaron una decisión: vengar la muerte de Obregón destruyendo a Morones. Calles se percató de que su posición era muy peligrosa, en virtud de su estrecha relación con el líder obrero. Estuvo muy angustiado. Su colaborador José Manuel Puig Casaurac nos relata: “Estaba hundido Calles en la más intensa crisis moral en la que lo hayamos visto en los dieciséis años en que lo hemos estudiado, crisis moral provocada en su espíritu por los problemas de todo orden que le traía la desaparición del ‘caudillo’...”⁷ Y no era para menos, si recordamos las sospechas manifiestas en las que se le involucraba como cómplice de Morones en el asesinato de Obregón.

Sopesando el poder real acaparado por los grupos antagónicos, Calles reconoció la necesidad de obtener la complacencia de los militares aunque ello exigiese el sacrificio de su alianza con Luis Morones y, por ende, la destrucción de las fuerzas morones-callistas. El presidente aceptó que el costo necesario para sobrevivir políticamente lo orillaba

⁷ José Manuel Puig Casaurac, *La galatea rebelde a varios pigmaleones. De Obregón a Cárdenas*, México, Ediciones Botas, 1938, p. 150.

a destruir las fuerzas por él creadas, con la ayuda de Morones, para combatir el obregonismo, pues muerto Obregón no resultaba tan atractiva combatir como heredar dichas fuerzas. A los pocos días del inicio de la crisis, Calles pidió a Morones su renuncia como secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Tal paso político no le dio al presidente la alianza automática de los militares; pero sí le quitó el obstáculo infranqueable para que ésta pudiera producirse.

La mayoría de los generales obregonistas, experimentados en la crueldad y la desolación de la guerra, se sintieron en ese momento angustiados al saber que la situación podía desencadenar nuevas rebeliones.

Calles: la idea de la institucionalidad

En este ambiente maduró la idea de formar una institución política que amalgamase el poder militar de todos los obregonistas, a fin de que la ambición presidencial de algún general no volviese a ensangrentar el país. La alianza facilitaba la posibilidad de combatir a los ambiciosos, obligándolos a buscar su camino a la Presidencia de la República en su habilidad política y no en su fuerza militar.

Resulta difícil conocer las razones que motivaron a los generales a aceptar la autoridad de Calles, aunque es evidente que la aceptaron. Pese a ello, intentaremos exponer las circunstancias que, en nuestra opinión, fueron determinantes para ese cambio.

La primera sería la desconfianza con que los mismos obregonistas se veían entre sí, y el temor que de esto se derivaba. Es innegable que varios generales-caciques, por no decir todos, tenían ambiciones presidenciales, y que ninguno de ellos contaba con la fuerza suficiente para imponerse sobre los demás. No había un heredero claro, incuestionable del grupo, lo cual, en última instancia, los enfrentaba a todos contra todos. El carisma de Obregón no podía ser suplido mediante la improvisación, y todo esto resultaba brutalmente agravado por lo que consideraríamos la segunda circunstancia determinante: la Guerra Cristera.

Los militares mejor que nadie conocían la terquedad del cáncr cristero y el peligro que para ellos, como casta, y para el país en general, significaba dicho movimiento. Eran conscientes de la dificultad que presentaría ese problema, aun cuando actuasen en forma unida, así que reconocieron que definitivamente no era el momento para discutir y dividirse. Tal vez pensaron que era más conveniente mantenerse unidos bajo el mando de Calles mientras se resolvía la cuestión cristera o, cuando menos, mientras llegaban a un acuerdo entre sí para decidir quién ocuparía el sillón presidencial durante el siguiente periodo

constitucional, dejando en manos de Calles la selección del futuro presidencial provisional.

El informe presidencial del 1º de septiembre de 1928 dio a conocer aquellas ideas sobre las que Calles había estado trabajando desde el 17 de julio.

Al examinar las palabras textuales del discurso, encontramos que la premisa sobre la que Calles sustentó su nueva postura política fue la siguiente:

La desaparición del presidente electo ha sido una pérdida irreparable que deja al país en una situación particularmente difícil, por la total carencia, no de hombres capaces o bien preparados, que afortunadamente los hay; pero sí de personalidades de indiscutible relieve, con el suficiente arraigo en la opinión pública y con la fuerza personal y política bastante para merecer por su solo nombre y su prestigio la confianza general... la misma circunstancia de que quizá por primera vez en su historia se enfrenta México con una situación en la que la nota dominante es la falta de “caudillos” debe permitirnos, va a permitirnos orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional...⁸

La circunstancia descrita en los párrafos anteriores muestra claramente la ausencia de jerarquía entre los elementos militares obregonistas, pues de ella se deduce que el intento de algún general en particular por imponerse en la silla presidencial provocaría, casi naturalmente, un enfrentamiento armado por parte de quienes también se sentían con derecho a ese puesto. Esta incapacidad para encontrar un “segundo” aceptado de Obregón fue posiblemente consecuencia de la maña del *Manco de Celaya* para evitar el surgimiento de rivales dentro de sus propias filas.

El hecho fue que nadie, ni Calles mismo, pudo reemplazar en ese momento el carisma del antiguo líder, por lo que quedó como única alternativa para satisfacer esa carencia la vía de la institucionalidad. Fueron las circunstancias quienes determinaron los acontecimientos políticos y Calles, envuelto en ellas, encontró la forma de evitar que se reanudase la guerra civil. El Partido Nacional Revolucionario fue concebido como una alianza o amalgama entre los caciques-militares regionales, los obregonistas, a fin de conservar su fuerza unida y no agredirse entre sí. Y dicha alianza se proyectó aceptando como premisa el reconocimiento absoluto de la autonomía política de las diversas regiones políticas; es decir, de las regiones dominadas por los prin-

⁸ XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, *Los presidentes de México ante la Nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, Luis González y González (director de la recopilación), et al., 5 v., México, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1966, t. III, p. 805-812.

cipales generales. No cabe la menor duda de que la concepción original del Partido Nacional Revolucionario fue menos pretenciosa política y administrativamente de lo que con el tiempo resultó ser.

La selección del presidente provisional

La creación de un partido político nacional era la solución ideada por Calles. Sin embargo, a fin de poder instrumentarla tuvo primero que resolver el problema más urgente: la elección de un presidente provisional. Esta elección implicaba una ardua labor, pues era menester el consenso militar. Pero Calles desplegó su astucia al convencer, cuando menos de momento, a los líderes político-militares de que el único medio para salvaguardar la unidad de la institución armada se hallaba en la elección de un presidente civil.

Calles organizó, cuatro días después de pronunciado el informe presidencial, el 5 de septiembre de 1928, una junta en la que logró reunir a once generales de división, veinte generales de brigada y un general brigadier. Esta reunión fue determinante porque en ella la élite militar aceptó que ninguno de sus miembros podría postularse a la Presidencia de la República para dividir al ejército.⁹ La selección del candidato fue dejada en manos de Calles, quien, de acuerdo con los militares, debería orientar para ese efecto a las cámaras parlamentarias.¹⁰

Esta junta resultó ser el cimiento sobre el que se erigiría la constitución del Partido Nacional Revolucionario, ya que daba a Calles el tiempo indispensable para organizarse y organizar la estructura del partido. Por ello, queremos citar algunos párrafos de la transcripción textual de dicha reunión. En primera instancia, lo dicho por Calles:

...el ejército debe mantenerse al margen de la situación; que ninguno de sus miembros debe presentarse como candidato, porque ese solo hecho traería la división dentro de la Institución, porque despertaría —les dije que les hablaría con dureza—, recelos en unos y suspicacias en otros: unos no creerían asegurada su situación, los otros temerían encontrar hostilidad, y así el ejército comenzaría a dividirse en grupos.

El segundo punto es el siguiente: Yo hubiera deseado hacer un intento, ver si era posible poner de acuerdo, unificar el criterio de las Cámaras con el criterio del Ejército...¹¹

⁹ Froylán C. Manjarréz, *La Jornada institucional. La crisis de la política, México*, Talleres Gráficos Editorial y "Diario Oficial", 1930, p. 42-69.

¹⁰ *Ibidem*, p. 46.

¹¹ *Ibidem*, p. 43-47.

En cuanto a los generales, nada nos ejemplifica mejor su posición que las palabras pronunciadas en esa ocasión. Juan Andrew Almazán habló sobre el temor a la guerra:

Yo, señores, he sufrido mucho desde 1910 y realmente me espanta una nueva lucha; por eso en las conversaciones que he tenido con el señor Presidente... y con otros jefes, les he expresado que para evitar una división, lo conveniente sería que el presidente provisional fuera un civil... Ahora, respecto a los generales de división que piensan que pueden regir los destinos del país, francamente creo que están en su derecho de hacerlo, pero deben demostrar una franqueza absoluta y manifestarlo así. Ellos pueden ir a buscar el apoyo de la opinión pública, el apoyo del pueblo, pero que se comprometan a no ir a buscar el apoyo del ejército.¹²

Es natural pensar que muchos generales estaban satisfechos con su dominio regional, y sólo deseaban vivir tranquilamente usufructuando de su “influencia” política, militar y económica. En este periodo es cuando comienza la formación de las fortunas revolucionarias.

La opinión del divisionario José Gonzalo Escobar resulta particularmente interesante, pues posteriormente actuaría en forma contraria a las ideas en esa ocasión manifestadas:

En lo que respecta al Ejército, usando palabras que ya han sido mencionadas, quiero manifestar que los cuartelazos, las asonadas, etc., ya pasaron a la historia; que esas palabras ya no deben de sonar entre nosotros, porque considero que el ejército ha quedado definitivamente purgado de elementos sin vergüenza... ..yo considero que sería criminal que un jefe militar de nosotros, divisionario o no, pretendiera ocupar la Presidencia de la República, buscando la división del Ejército y llevando a éste a una tragedia... Nosotros reconocemos en el señor Presidente ser el hombre más capacitado, con la visión política más clara, y es él quien debe resolver en la forma que estime más conveniente la situación. No debemos pedirle ni un nombre, ni diez nombres, debemos dejar en sus manos, con toda lealtad, la cuestión, para que él vea la mejor manera de resolverla, llevando su orientación política a otras partes, a fin de que pueda encontrar el hombre necesario [el presidente provisional].¹³

Al lograr el consenso militar Calles demostró que sin Obregón no había grupo obregonista, y ello le abría la posibilidad de surgir como la figura política más destacada del momento, como el indispensable “jefe máximo”.

No queremos presentar una historia conspiracional y maquiavélica, por lo que no pretendemos sostener que Calles tuvo todos los hilos

¹² *Ibidem*, p. 52-53.

¹³ *Ibidem*, p. 60-61 y 65.

en la mano y los manejó de acuerdo a un plan bien trazado; antes al contrario, admiramos su habilidad política precisamente porque supo aprovechar en su beneficio una serie de circunstancias sobre las que no tenía control.

El papel del poder legislativo

El siguiente paso en la cadena de las maniobras políticas encaminadas a hacer de Calles el hombre que llevaría adelante la reorganización política, fue el someter a la mayoría parlamentaria. Y aquí cabe la pregunta, ¿qué papel jugaban los miembros del Congreso de la Unión en el sistema caudillista posrevolucionario? Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles convivieron con legislaturas cuya única función política consistía en representar y sacar a la luz pública la lucha entre los hombres-fuertes. Y si bien es cierto que la verdadera lucha política se daba fuera del parlamento, es decir, entre los detentadores reales del poder, también lo es que las luchas parlamentarias podían considerarse como el termómetro con el cual medir embates más sordos. El caudillismo fue la característica principal de esa etapa histórica y, como consecuencia de ello, los partidos políticos y los congresistas no eran otra cosa que instrumentos en una lucha por demás personalista. Por eso las discusiones entre los parlamentarios eran acaloradas y en ocasiones llegaban a asomar las armas.

Al señalar que la única función que cumplieron los parlamentos posrevolucionarios fue la de servir como un foro o arena más a las luchas caudillistas, reconocemos, implícitamente, la falta de representatividad popular directa de sus miembros. Sin embargo, pensamos que su presencia correspondía, de alguna manera, a las fuerzas políticas reales: las curules parlamentarias eran el premio que se repartían los partidarios de los caciques, correspondiendo el número de aquéllas a la importancia política de éstos.

Luego pues, al llegar Calles a un acuerdo con los militares supo que “orientar” la opinión de los congresistas no ofrecería ningún problema. Cabe señalar que fue fácil acabar con los obregonistas dentro del Congreso porque la mayoría de los diputados y senadores no eran en sí mismos más obregonistas que los “jefes” que los habían colocado en el parlamento, los cuales, como hemos visto, ya habían reconocido la autoridad de Calles.

Ricardo Topete, a la sazón presidente del Bloque Revolucionario Obregonista y presidente de la Cámara de Diputados, mostraba poco entusiasmo por la personalidad de Calles y procuró, como líder de la mayoría camaral y en unión de algunos partidarios, evitar que las

cámaras se sometiesen a la voluntad de éste. Topete se reunió en el Hotel Regis con varios generales, entre los que destacaban José Gonzalo Escobar, Francisco R. Manzo y Jesús M. Ferreira, mismos que al cabo de algunos meses habrían de levantarse en armas para evitar la consolidación del poderío político ejercido por Calles.¹⁴

Sin embargo, resulta difícil asegurar que las juntas realizadas en el Hotel Regis fueron el germen de la rebelión de Escobar, pues es posible que en esos momentos aun los generales más tercamente obregonistas no viesen con toda claridad las directrices que habría de tomar “el callismo”. Su radicalización en contra de la figura de Calles se produjo, en buena medida, como consecuencia de la agresividad de éste. Dicha agresividad, que de hecho se traducía en el deseo de hacer convergir todas las actividades políticas en torno a la exaltación de la personalidad misma de Calles como “jefe máximo”, se manifestó de muchas maneras. La primera de ellas fue desde luego la eliminación política de Ricardo Topete y de quienes, como él, presentasen el menor escrúpulo o resistencia al nuevo caudillo.

Pero volviendo a los hechos conocidos, conviene señalar que Calles dio órdenes a un grupo de diputados, senadores y gobernadores para que lograsen que el Bloque Revolucionario Obregonista desconociese a Topete.¹⁵ Los hombres que llevaron a cabo esta empresa son reputados como los primeros obregonistas-callistas abiertos, ya que lograron su objetivo entre el 5 y el 7 de septiembre de 1928. Ellos fueron los diputados Marte R. Gómez, de Tamaulipas; Gonzalo N. Santos, del Distrito Federal; Manuel Riva Palacio, del Estado de México; Melchor Ortega, de Michoacán; Federico Medrano, de Guanajuato; Carlos Real, de Veracruz; Rafael Melgar, de Oaxaca; los senadores Federico Martínez Rojas y Pedro González, de Tamaulipas; Bartolomé García Correa, de Yucatán; Nicolás Pérez, de Chihuahua; Arturo Campillo Seyde, de Veracruz, y los gobernadores de Nuevo León, Guanajuato, México y San Luis Potosí, señores Aarón Sáenz, Agustín Arroyo Ch., Carlos Riva Palacio y Saturnino Cedillo respectivamente.¹⁶

El grupo estaba bien integrado, lo componían figuras que durante los años anteriores y, sobre todo, en los posteriores, habrían de destacar como líderes políticos. Estos hombres eran, para septiembre de 1928, las cabezas de los grupos callistas en sus respectivos estados.

Los métodos utilizados para conseguir la renuncia de Topete nos son desconocidos. Sin embargo, resulta ilustrativo el comentario que, en forma de ataque, lanzó el diputado Aurelio Manrique al diputado Marte R. Gómez durante un debate público en la Cámara de Diputados:

¹⁴ *Ibidem*, p. 63 y 71.

¹⁵ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶ *Ibidem*.

—El C. Manrique: Habeis blasonado de un espíritu de renovacion; habeis eliminado a Topete, el jefe intocable y respetado de vuestra mayoría, no atacándole aquí, ocupados vuestros asientos de miembros del bloque de la mayoría, sino a la espalda (aplausos en las galerías). En tanto que invitábais a cada uno de sus amigos políticos o personales a traicionarlo y defeccionar de sus filas, y en tanto que un poderoso secretario de Estado entrevistaba a Topete y le decía estas memorables y enigmáticas palabras frente a su negativa a presentar su renuncia a la presidencia del bloque: “Recuerda, Topete, que tienes mujer e hijos”.

—El C. Marte R. Gómez: ¿Quién fue, quién es?

—El C. Manrique: Alguien a quien conoce quien me interpela, y el país entero ya os conoce, afortunadamente (aplausos en las galerías).¹⁷

La desaparición de Ricardo Topete benefició enormemente la consolidación del nuevo orden, ya que los parlamentarios se convirtieron abiertamente al callismo. Tan fácil así, que en dos días quedó demostrada la dependencia del congreso a “los jefes”, y la de éstos al nuevo caudillo.

El 7 de septiembre, cuarenta y ocho horas después de iniciada la maniobra, la mayoría parlamentaria, ya sin Topete, lanzó un manifiesto en el que se incluía el siguiente párrafo:

Subordinaremos totalmente los intereses de grupo para conservar la unidad de la Revolución, y obraremos de tal manera que con nuestra conducta honremos la memoria del general Obregón y merezcamos el título de amigos y colaboradores del C. Presidente de la República.¹⁸

Por su parte, el Bloque Revolucionario Obregonista de la Cámara de Senadores adoptó, el mismo día 7, igual actitud que los diputados. Aprobó varios acuerdos, entre los cuales se encontraba el siguiente:

Tomar inuy en cuenta, como es justo, tratándose de revolucionarios ameritados, la opinión de los militares, antiguos civiles de la Revolución, para resolver el nombramiento de Presidente Provisional de la República, sin otra mira ni otro interés que el de la nación entera y prescindiendo de toda labor que signifique una división entre el Ejecutivo y entre los políticos.¹⁹

Cuesta trabajo entenderlo, pero la realidad es que el obregonismo murió con Obregón, así, de tajo. Por otro lado, debemos reconocer

¹⁷ *Diario de debates de la Cámara de Diputados*, XXXIII Legislatura, 10 de octubre de 1928.

¹⁸ Manjarrez, *op. cit.*, p. 77.

¹⁹ *Ibidem*, p. 79.

la rapidez con que actuaron los elementos callistas y la facilidad de su triunfo sobre un ambiente donde reinaban la confusión y la angustia. Su éxito quedó consagrado con la “elección” unánime de Emilio Portes Gil para la presidencia provisional. Esa elección, que tuvo lugar el 25 de septiembre de 1928 por medio de una votación en la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, respondía a la selección hecha por Calles tal y como los militares se lo habían encomendado y consentido.

La pobreza de la vida parlamentaria se puso de manifiesto con la disconformidad de Aurelio Manrique Jr. y Antonio Díaz Soto y Gama.

La oposición que estos dos personajes presentaron dentro de la Cámara de Diputados quedó prácticamente en el campo de lo anecdótico, pues su actuación fue fácilmente anulada al ser estos desaforados después de la rebelión de Escobar, en mayo de 1929. Resulta sin embargo interesante leer los debates que suscitaron, ya que en ellos encontramos la exposición de verdades que después no habrían de oírse. Son estos dos hombres los últimos ejecutores de la función parlamentaria de criticar al poder ejecutivo.

Díaz Soto y Gama señaló con motivo de la “elección” del presidente provisional:

Yo estoy seguro de que si la candidatura de Emilio Portes Gil se hubiese lanzado en esta Cámara sin la menor insinuación del Ejecutivo, la candidatura de Emilio Portes Gil hubiera triunfado por una aplastante mayoría o por unanimidad, y a mí me chocó dolorosamente que a raíz de un informe en que se anunciaba que el régimen de las instituciones y la abolición del régimen del Gobierno personal habían empezado en México, a raíz de ese mensaje hubiera la falta de prudencia... de tacto... de decoro en los dos Poderes... de entrar en un cambio de impresiones que no honra, de ninguna manera, a ninguno de los dos Poderes.

...mal principio de régimen institucional ese acto torpe del Poder Legislativo, y cuando yo decía alguna vez a un amigo:

“¡qué dolor, qué desgracia, el Poder Legislativo de nuestro país vendiendo su soberanía!”, me contestaba irónicamente: “¡no la ha vendido, la ha regalado!” (Aplausos en las galerías)...²⁰

Quienes regalaron la soberanía de la cámara no fueron los diputados, que nunca la tuvieron, sino los jefes a quienes representaban, militares en su mayoría.

Para demostrar que se trata del fin de una etapa en la historia parlamentaria, nos gustaría citar otra de las exposiciones de Antonio Díaz Soto y Gama:

²⁰ *Diario de debates de la Cámara de Diputados*, XXXIII Legislatura, 8 de octubre de 1928.

El compañero [Marte R.] Gómez leyó, como todos los mexicanos, el informe presidencial del 1º de septiembre de 1928 evidentemente. El informe presidencial no es otra cosa que una requisitoria contra el caudillaje... y, sin embargo, aquí el señor Marte R. Gómez y el compañero [Gonzalo] Bautista y todos ellos nos vienen a asustar con algo peor que el terremoto: que si perdemos de vista la personalidad del general Calles, y no lo aceptamos como un infalible director de la Revolución, como el jefe máximo... que en concepto mío y del sentido equivale a caudillo... si no admitimos al caudillo estamos perdidos y el que no lo admita “anathema sit”, excomulgado sea...

Se repudia a los ídolos de piedra y barro de los católicos y se forman por los revolucionarios, en pleno siglo veinte ¡ídolos de carne y hueso! ¡Poca diferencia: cuestión de material! (Aplausos y risas en las galerías)...

De tal manera que esto es atroz: establecer en México, en una República, un papa, un pontífice: ¡Su Santidad el General Calles! (Risas y aplausos en las galerías. Campanilla)...

Y ustedes quieren establecer el gobierno de un solo hombre, pero en una forma vergonzante e hipócrita; es peor todavía, quieren ustedes establecer el gobierno de un caudillo vergonzante, de un caudillo hipócrita escondido tras el Partido Nacional Revolucionario, que desde allí dicte sus leyes a la Nación, quieren ustedes establecer esta peligrosa atrocidad: un hombre, que sin tener la responsabilidad del poder, tiene todo el poder... quieren establecer en el general Calles al hombre que está detrás del trono, el poder que está detrás del trono, el que rige, el que maneja como un maniquí al que está en el trono y no lo deja obrar sino en el sentido que él quiere y no tiene responsabilidad. Un caudillo más peligroso que el tipo del caudillo que está en el poder.²¹

Lo dicho por Díaz Soto y Gama resulta muy ilustrativo porque logró describir, en septiembre de 1928, la situación política de México entre diciembre de ese año y junio de 1935. Su repugnancia por el caudillismo era sin embargo falsa, ya que él y su partida le habían dado al general Álvaro Obregón el mismo trato que tan satíricamente describió en su discurso. Se trataba, repetimos, de un disgusto por la personalidad de Calles, de un asunto de personas más que de principios, pues Manrique y Díaz Soto y Gama fueron los primeros en verter incienso sobre la figura del extinto caudillo.

Pero volviendo a lo ocurrido a raíz de la muerte de Obregón, notaremos que la permisividad con que los generales dejaron actuar a Calles y a su grupo es una muestra de la total falta de solidaridad entre ellos. El obregonismo, carente de líder, aceptó en forma inconsciente condiciones que lo subordinaron cada vez más a la voluntad

²¹ *Ibidem*, 8 de octubre de 1928.

de Calles. Éste, por su parte, aprovechó la debilidad de sus rivales y tomó cuanta medida le dio alguna ventaja relativa.

Este punto debe quedar claro: sin los generales, Calles nada podía hacer. La elección del presidente provisional, la formación del partido político, su propio continuismo, todo dependía de la anuencia de quienes detentaban el poder militar y regional. Por ello, más sorprendente que la habilidad de Calles, fue la debilidad del obregonismo.

En la lucha por el poder se tomaron decisiones a la luz del momento y sin conocer sus consecuencias futuras. Calles había logrado la justificación de su ambición personal de poder en base a la institucionalización política; no obstante, al infiltrar su poder sembró las bases para un profundo cambio en el sistema, cambio que en el largo plazo habría también de destruirlo a él. Se trató, luego pues, de acciones cuya última consecuencia era desconocida.

La falta de comprensión sobre lo que estaba ocurriendo y sobre la trascendencia de las decisiones fue cierta para todos los actores. Se propiciaron situaciones cuyo alcance era desconocido para todos.

Un hecho formal que pareció más o menos trascendente en ese momento fue el cambio de nombre que sufrieron las mayorías parlamentarias. El 27 de septiembre de 1928, los Bloques Revolucionarios obregonistas fueron rebautizados como Bloques Nacionales Revolucionarios. Esto ocurrió meses antes de que se formase el comité organizador del Partido Nacional Revolucionario, así que, en apariencia, el cambio sólo señalaba que la formación del PNR era inminente y que los miembros del congreso, y a quienes éstos representaban, estaban dispuestos a seguir a Calles aceptando las formas institucionales que éste eligiese. En el largo plazo, este cambio de nombre tuvo consecuencias muy profundas: la adopción del nombre implicó que quienes fuesen miembros del Bloque lo serían también del Partido y, por lo tanto, obedecerían las instrucciones del comité ejecutivo nacional del PNR. Dicha obediencia convirtió a los miembros del Bloque en instrumentos del partido o, mejor dicho, en sus burócratas. La obediencia que los representantes “populares” de las diferentes regiones del país brindaron al comité ejecutivo nacional del PNR los convirtió en elementos centralizadores de carácter institucional y, por ende, en marginadores del caudillismo.

Pero, ¿cómo iba Calles a saber esto si no existían teorías sobre los partidos políticos únicos? Ni siquiera sabía Calles que el PNR se estaba gestando con características que lo diferenciarían de todos los partidos anteriores. Los acontecimientos se sucedían, como en toda crisis, sin que se supiera a dónde iban a conducir.

La precandidatura de Aarón Sáenz

El surgimiento de la precandidatura de Aarón Sáenz también nos sirve para ilustrar la espontaneidad de los acontecimientos.

Hasta aquí hemos visto la capacidad de Calles para convencer a los militares de los beneficios de elegir un presidente provisional civil y de formar un partido político nacional que defendiese sus intereses. Sin embargo, nada de lo anterior impedía que los generales, meses después y ya tranquilizados los ánimos, escogieran dentro de su grupo a un heredero político de Obregón.

Esto no sólo era posible, sino que empezó a materializarse con el surgimiento de la candidatura de Aarón Sáenz a la Presidencia constitucional de la República. La posición de Calles, pese a todo lo logrado, era vulnerable; nada había en la concepción del PNR que hiciese necesaria su presencia. Los obregonistas se empezaron a organizar en torno a Sáenz, amenazando la ambición de continuismo político del entonces presidente.

Al quedar acéfalo el grupo obregonista, muchos de sus integrantes buscaron orientación en quienes habían sido los más allegados seguidores del extinto líder. Aarón Sáenz recibió la deferencia de muchos obregonistas, que lo reconocieron como el heredero natural de Obregón.

Para octubre de 1928, las ambiciones presidenciales de Sáenz contaban con el suficiente apoyo como para ser comentadas frente a Calles. Portes Gil nos habla de una conversación que en ese sentido sostuvo con éste:

Todo hace suponer —añadí— que el licenciado Aarón Sáenz es la persona en quien se han fijado más las organizaciones obregonistas para las próximas elecciones. Cierto es que Sáenz encontrará oposición entre algunos diputados y senadores que no lo consideran todo lo radical que sería de desearse en los momentos actuales; pero, habiendo sido jefe de la campaña del general Obregón, seguramente es el elemento de mayor respeto, ya que representará mayor cohesión para los intereses obregonistas. Yo creo que el gobierno no debe obstruccionar a ninguno de los candidatos que se presenten, aunque sean de la oposición; pero mucho menos debe ver con falta de simpatía a aquel que, en alguna forma encara la continuación del régimen y el programa de la revolución.²²

La candidatura de Sáenz surgió en forma espontánea y, por ello, su fuerza era real. Calles la aceptó porque no tuvo otra alternativa, y la apoyó temporalmente porque no deseaba romper lazos que le eran indispensables para formar el partido, ya que sólo a través de éste

²² Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964, p. 449.

podía Calles aspirar a permanecer en la vida política del país. Lo único que Calles pidió a Sáenz, y lo hizo a través de Portes Gil, fue que actuase “con prudencia y serenidad, evitando anticipaciones inconvenientes”.²³

Sáenz procedió con la serenidad pedida, pero como ello no incluía el abstenerse de lanzar su candidatura, pidió una licencia a su cargo como gobernador del estado de Nuevo León el 3 de noviembre de 1928, es decir, diecisiete días antes de la fecha límite que otorga la constitución, ya que ésta incapacita a los candidatos a la Presidencia de la República que en el año anterior a la elección sean ministros, jefes militares con mando o gobernadores de los estados.

Sáenz lanzó su propia candidatura y demostró que se encontraba fuera de las manos de Calles. No obstante, este último realizó dicha candidatura para pedir a los demás obregonistas que manifestasen su solidaridad autoincapacitándose constitucionalmente para el cargo en disputa. Así, en una reunión celebrada el 5 de noviembre de 1928 en casa de Luis L. León, Calles comprometió a todos los políticos del país a permanecer en sus puestos, argumentando de nuevo la necesidad de unión en el seno de la familia revolucionaria como única salida del momento histórico.²⁴

Cabe señalar, sin embargo, que el presidente pudo imponerse a la élite política gracias a razones más profundas que las allí expuestas. La mayoría de los caciques regionales sólo deseaban tranquilidad política y prosperidad económica, y sabían que mientras se respetase su autoridad sobre una región determinada podrían lograr sus objetivos. En otras palabras, esto significaba que estaban dispuestos a sacrificar su capacidad de decisión a nivel nacional a condición de conservar su supremacía local.

A partir del día 10 de noviembre, Sáenz empezó a recibir el apoyo de los caciques; apoyo que se manifestó a través de confederaciones de partidos regionales, grupos representantes de trabajadores y campesinos, estudiantes, dictámenes estatales, asambleas políticas en los municipios, partidos estatales, etc.

Y, seguro de que la decisión estaba tomada, Sáenz se confió demasiado. El 21 de noviembre de 1928 declaró: “Creo necesario no aceptar definitivamente mi postulación hasta que se realice la Convención Nacional del Partido Nacional Revolucionario a principios del año próximo, no obstante las posiciones tomadas en mi favor en varios estados y centros políticos”.²⁵

El curso posterior de la candidatura de Sáenz, que estudiaremos más adelante, sacará a la luz la vulnerabilidad del grupo obregonista y

²³ *Ibidem.*

²⁴ José Manuel Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 238.

²⁵ *El Universal*, 21 de noviembre de 1928.



la habilidad de Calles para aprovecharse de ello, asuntos ambos que en el momento de crisis no eran evidentes.

A partir de la base de que Calles controlaba todas las circunstancias y actuaba de acuerdo a un plan bien trazado es absurdo, e implica extrapolar la imagen del Calles encumbrado por la maquinaria partidista y convertido en el “jefe máximo” de la nación, imagen que, de hecho, no apareció hasta tiempo después.

La incertidumbre y la confusión fueron los signos del momento. Las ideas y las acciones estuvieron encaminadas a salvar la crisis, y sus consecuencias fueron desconocidas para todos.

La concepción del Partido Nacional Revolucionario fue más modesta que sus resultados. El continuismo político de Calles se planteó en ese instante como transitorio, sólo debido al desarrollo de la crisis logró ser mucho más prolongado y profundo.

